evidentemente demostrables, como cualquiera de las demás ciencias, no sólo *morales*, sino aun *ontológicas* o metafísicas. Y la certeza de sus principios y raciocinios, en nada cede a la de los principios y raciocinios matemáticos.

—Eso, eso es lo que yo quisiera ver—exclamó con viveza el médico.

—Pues eso es lo que voy a tener el gusto de ofrecerle, claro está, breve e incompletamente; pero remitiendo a usted a libros donde lo podrá estudiar con más calma y a todo su sabor.

Por ejemplo: Hay dos *hechos* de evidencia innegable:

Existe el movimiento

Existe la vida.

Pero es así que ni el movimiento ni la vida pueden existir sin que exista Dios, primer Motor y primer Viviente; luego Dios existe.

¿No le parece a usted que esto lleva más trazas de teorema científico, que el oír misa o el rezar una parte de rosario, y aunque sea un rosario entero? Lo cual, por otra parte, le aconsejo a usted de todo corazón!

—La *forma* de teorema, ya la veo; falta ahora ver la demostración.

—Pues es *relativamente* sencilla. Oigame usted.

«Ningún movimiento puede ser *eterno;* luego todo *cuerpo* que se mueve hubo de *comenzar* a moverse; pero este comienzo del movimiento no pudo hallarlo en la *materia inerte;* luego lo hubo de recibir de un *primer motor* inmaterial, que da origen al movimiento sin moverse: el *movens immotum* que dice Sto. Tomás».

—Pero...

—Ya comprendo que en esta demostración hay muchas cosas *implícitas;* por eso dije a usted que sólo iba a *indicarla,* remitiendo a usted a los libros para su más profundo estudio. Mi objeto ahora es, puramente, poner ante los ojos de usted que la religión *posee* demostraciones *dignas* del estudio científico... además de los sentimientos y prácticas del culto.

—Pero, ¿qué dificultad halla usted en admitir un movimiento *eterno?*

—Yo, *personalmente,* no tengo en ello ninguna dificultad. Son las señoras Matemáticas las que se oponen, y ésas no me dirá usted que carezcan de carácter

científico! Y se oponen las Matemáticas, porque un *movimiento eterno* implicaría un *número infinito,* el cual numerito es una sencilla *imposibilidad,* un absurdo matemático.

—No comprendo...!

—Hombre, sí. Si la Luna, pongo por caso, viniera girando eternamente en derredor de la Tierra, *a estas horas* llevaría ya descrito un número *infinito* de circunvoluciones. Si el átomo *a* vibrara desde la eternidad, *a estas horas* habría ya dado un número infinito de vibraciones...

—Pero, ¿y la doctrina de Einstein —repuso mi doctorcito con una maravillosa prosopopeya— no nos asegura que el movimiento es una cosa *puramente relativa?*

—Pero, alma de cántaro! —(nada, que no pude retenerlo y *se me escapó).* ¡Dispense usted! ¡Le pido a usted mil perdones! ¡Ha sido una exclamación enteramente involuntaria!

Mi cara se debía de haber puesto tan *contrita,* que mi generoso doctor se conmovió, y me aseguró que no debía apurarme tanto por mi *improvisación.*

Serenado, finalmente, proseguí, no sin haber perdido una parte de mi aplomo:

—Mire usted. Eso del *relativismo* (que casi está dando tanto juego como lo de las *niñas desaparecidas),* no pincha ni corta, cuando del argumento indicado se trata; pues el que sea *relativo* el movimiento, no menoscaba para nada la certidumbre de que el movimiento *existe.* Pongamos, si a usted le agrada, en cuarentena, quién se mueve, en qué dirección y con qué velocidad se mueve. Pero que *algo* se mueve, es tan cierto como que dos y tres son cinco. Y esto basta para fundar una argumentación en la *existencia del movimiento.*

—De todas maneras! Eso de fundar una cosa tan grave como la existencia de Dios, en un argumento *relativo!*

—Perdone usted. Por muy *relativo* que sea el movimiento, no lo es el argumento que se funda, no en su relatividad, sino en su *existencia.*

Pero, en fin, si tropieza usted en la relatividad del movimiento (añadí viendo que la piedra no daba más lumbre) ¿qué tiene usted que oponer al argumento sacado de la existencia de la *vida?*

Y advierta usted una cosa digna de meditarse. A medida que adelantan las ciencias, los argumentos de la religión católica, lejos de debilitarse, adquieren nueva fuerza. Porque —sea dicho de paso—, el argumento mismo del *primum movens*, adquiere nuevo vigor a medida que se impone en las ciencias físico-químicas la concepción dinamista de la materia, mandando recoger aquellos *átomos* macizos, aspirantes a la eternidad. Pero dejo esto y vengo a la vida. Hoy la Ciencia seria no puede admitir la *generación espontánea* de la vida, como la admitían algunos filósofos medievales desprovistos del poder amplificador del microscopio. Hoy, pues, urge con más fuerza que nunca este argumento:

La existencia de la *vida* es un *hecho* que nos asedia por todas partes. Mas la vida, ni puede ser eterna, ni pudo comenzar por generación espontánea de la materia inanimada. Luego es menester admitir la existencia de un *primer viviente*, engendrador de toda la vida que existe, en sus tres órdenes, vegetativo, sensitivo y consciente o racional.

Insisto: un filósofo o un incrédulo de

siglos pasados, se pudo sustraer a la fuerza de este argumento, recurriendo a la generación espontánea. Pero hoy, *en el estado actual de la ciencia*, y en todo el porvenir que próximamente se puede prever, ese efugio es imposible...

—Pero, Padre mío; y las maravillas de la moderna síntesis química ¿no nos dan esperanzas fundadas de que la vida, como los demás compuestos orgánicos, aparecerá de un momento a otro en los matraces de algún sabio?

—No, hijo mío, no. La vida no aparecerá en los laboratorios de química, porque precisamente el principio vital es un agente que se burla de las leyes químicas.

—Pero, además, el hecho de que *ahora* no se produzca la vida sin gérmenes vitales, ¿nos autoriza a negar tan rotundamente que esa producción haya sido posible en épocas anteriores cósmicas; cuando el universo adolescente poseía una plenitud de fuerzas elementales que pueden hoy haberse embotado o amortecido?

—Como usted ve, esa no es sino una *gratuita* suposición, en contradicción, además, con todos los resultados de la ciencia positiva. La Química moderna

puede combinar todas las fuerzas elementales de la materia. Puede obtener temperaturas altísimas y bajísimas; puede concentrar los rayos ultraviolados y las influencias eléctricas; puede, en una palabra, remedar artificialmente todas las circunstancias de la materia que el Cosmos produjo en épocas anteriores. Y a pesar de todo eso, la vida no se pone a su alcance; ni al alcance de su síntesis, ni siquiera al de su análisis!

— Pero, Padre, ¿es que cree usted poder encerrar las fuerzas cósmicas en una retorta?

— En una retorta acaso no! Tampoco se pueden encerrar, en su *totalidad,* en un laboratorio moderno. Pero se pueden reunir *especimens* de ellas, suficientes para aquilatar sus propiedades. Nadie cree hoy que la luz solar produzca el oro en las entrañas de la tierra (según se creyó en otros tiempos), a pesar de que nadie se jacta de haber concentrado sobre una gleba de tierra *todo* el poder de los rayos solares.

— En fin, Padre mío; me parece que los argumentos de usted no tienen esa fuerza absoluta que les atribuye, por más

que a mí no se me alcance el modo de rebatirlos. Demos que sean convincentes para la inteligencia humana *en su actual estado de desenvolvimiento.* ¿Quién sabe si el hombre de mañana se reirá compasivamente de los raciocinios del hombre de hoy?

— Amigo mío — repuse un tanto impacientado; — con *quien-sabes* no se puede construir una ciencia, ni siquiera seguir una discusión. Pero permítame usted que a sus *quien-sabes,* oponga yo los míos. ¿Quién sabe si realmente existe un Dios que castiga a los que abusan de sus dones? ¿Quién sabe si realmente es Dios Cristo, el cual nos dice que: «El que no creyere se condenará»? ¿Quién sabe si es este el momento prefijado por su divina predestinación para que elija usted entre salvarse y condenarse? ¿Quién sabe si, persistiendo usted en su obstinación, antes de mucho sollozará usted irremediablemente en las llamas del infierno?...

III

Yo me había calentado, y no sé a dónde hubiera ido a parar con mi serie de *quien-*

sabes, si no me hubiera detenido un prolongado sonar de timbres... Caí en la cuenta de que los timbres de la Residencia nos avisaban la hora del *Angelus*... Me puse en pie, quitéme el bonete, hice con la mayor reverencia que pude la señal de la cruz, y me recogí un momento elevando una plegaria a la Madre de las misericordias. Mi interlocutor se había levantado y mesurádose respetuosamente.

Entonces una luz interior me hizo comprender que había hecho mal en dejar que nuestra conversación tomara aquel sesgo; y así, sin invitarle a sentarse de nuevo, dije con tono paternal y grave a mi joven incrédulo:

—Hijo mío, enfrascándonos en las cuestiones metafísicas, hemos perdido de vista que, en nuestro caso, hay una *cuestión moral.*

Dios Nuestro Señor pone a cada hombre en el mundo, dotándole de un determinado caudal de inteligencia. Le hace vivir en una época determinada, en medio de un determinado ambiente científico, social, moral. Estos son los *talentos* que dice el Evangelio que da el Señor a cada uno de sus siervos; y a cada uno pedirá

cuenta del uso de los talentos que le confió; no de los que confió a los demás.

Así, pues, en la *hipótesis probable* (confío que no me negará usted por lo menos su probabilidad) de la verdad de nuestra santa Religión, Dios le pedirá a usted cuenta de por qué no creyó. La *ciencia* que tú poseíste te conducía a mí; la *inteligencia* que yo te había dado, te traía a mí. ¿Por qué no viniste?

Y si usted le dijera: Señor, porque esperé que la Ciencia de *otra época* que no fué la mía llegaría a producir los vivientes en sus matraces... Señor, porque, aunque mi inteligencia me convencía que fuera a Vos, *esperé* que la inteligencia de *otros hombres futuros* los persuadiría de lo contrario... ¿Cree usted, joven, que esas excusas serían de *recibo?* ¿Que realmente se las aceptaría Dios nuestro Señor?

—Pero si la Ciencia y la inteligencia de nuestra generación llevan a Dios del modo que usted dice, ¿cómo explicar que la mayor parte de los *intelectuales,* de los hombres de *ciencia* de nuestro tiempo, no crean en Dios? Por lo menos, no

profesen los dogmas de la Religión católica?

— No creen, joven, por una muchedumbre de causas diversísimas y complejas. Por la soberbia, por la codicia, por la lujuria, por la vanidad... Pero, créame usted, *ni uno solo* de esos sabios que no creen, o dicen no creer, deja de creer movido a ello por fuerza de *razones científicas*. Su incredulidad no es *científica*, sino simplemente *inmoral*.

La prueba sencilla de que no son las demostraciones científicas las que los apartan de la fe, es que *otros sabios*, conocedores de esas mismas demostraciones (siquiera no sean los *inventores* de ellas), siguen, no sólo profesando nuestra fe, sino abnegándose y sacrificándose por ella.

Luego las razones que mueven (consciente o inconscientemente) a los incrédulos no son científicas; y por ende son *inmorales*, porque el más obvio precepto moral impera la sumisión a la Autoridad de Dios, y el humilde asentimiento a su Revelación.

Por eso Cristo, la misma dulzura y mansedumbre, formuló aquella sentencia

tremenda, que no quisiera que se le cayera a usted de la memoria; y no sería éste, pequeño fruto de nuestra conversación: *Qui vero non crediderit condemnabitur;* mas el que no creyere será condenado. Y en otro lugar dice: El que no cree ya está juzgado; *quia non credit in nomine Unigeniti Filii Dei;* porque no cree, en el nombre del Hijo Unigénito de Dios! (1).

Y sin decir más palabra, alargué la mano al joven, el cual me la besó, y haciéndome una profunda reverencia, se dirigió a la puerta.

No sé si mis palabras penetraron en su corazón y fructificaron en él. Pero he escrito estas páginas, para rogar a muchos otros que se hallan en su caso, que reflexionen sobre el *aspecto moral* de su credulidad; que no confundan lastimosamente *la ciencia con la conciencia*, que son dos cosas distintas, aunque nunca contradictorias.

---

(1) Juan, III, 18.

Publicaciones del R. P. Ruiz Amado, S. J.

APOLOGÉTICAS

Nuestra fe. (Conferencias); en rústica, ptas. 4; en tela, 6.

Valores humanos. Apología moral del Catolicismo, (conferencias); en rústica, ptas. 2; en tela, 4.

La verdad desnuda en materia de religión. (2.ª ed.), en rústica, ptas. 1; en cartoné, 1'50.

Epítome de Apologética. En cartoné, ptas. 2'50.

Dogmática cristiana. En cartoné, pesetas 2.

Nuestra alegría. En rústica, ptas. 1; en cartoné, 1'50.

La piedad ilustrada. En tela, ptas. 1'50.

El Cielo. En rústica, ptas. 0'80.

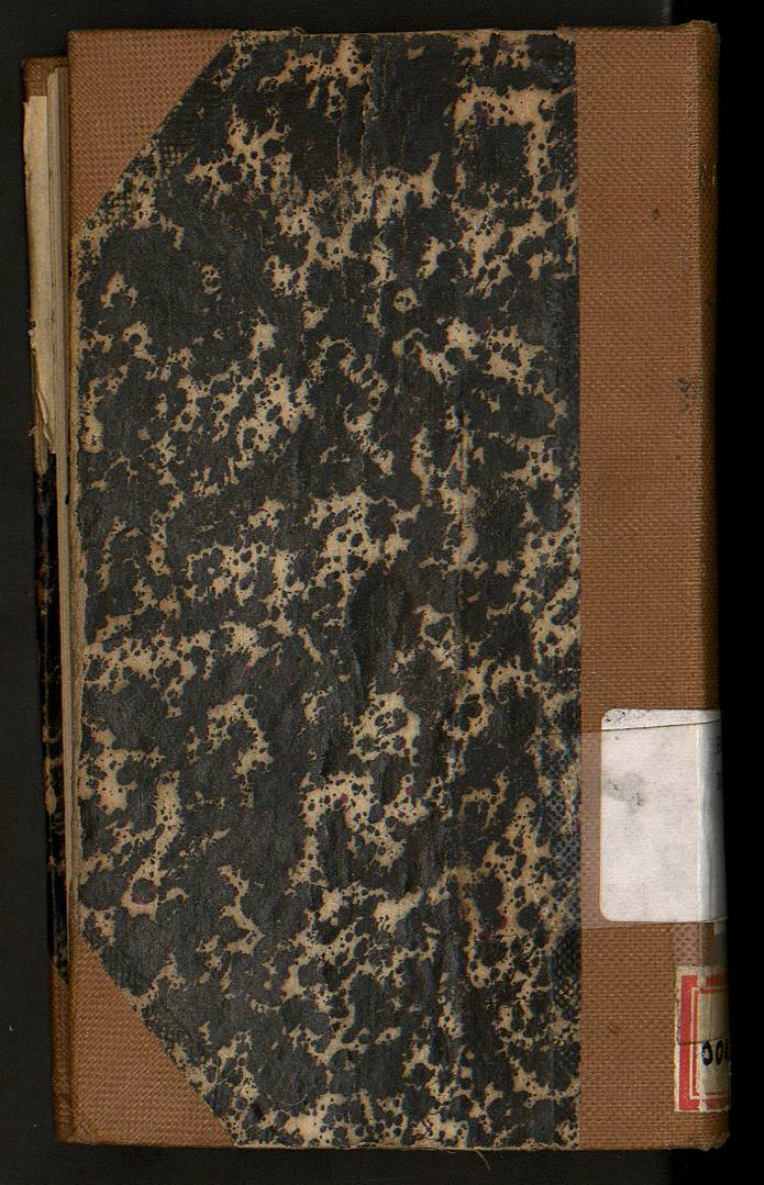
La mujer fuerte. Ensayo sobre el feminismo, en rústica, ptas. 1'50; en cartoné, 2.

Ascética Ignaciana. En rústica, ptas. 1'50; en tela, 2'50.

Frivolidad. En rústica, ptas. 1'50; en cartoné, 2.

OPÚSCULOS RELIGIOSOS

	Un ej.	Cien
Bálsamo eficaz contra la impureza	0'20	—
Catecismo de los ricos	0'25	—
Catecismo de los pobres	0'25	—
Catecismo patriótico	0'15	—
Comunión de los niños inocentes	0'25	—
Dios sí, la Iglesia no	0'10	8
El Adiós del Corazón de Jesús	0'10	8
El Rosario de la pastorcita	0'10	8
Flores Marianas	0'10	8
Flores y frutos del espíritu cristiano	0'10	8
Hijos y esclavos	0'10	8
Imitación a María	0'10	8
La Madre del amor Hermoso	0'10	8
La Santa Misa	0'10	8
La Virgen de los Dolores	0'10	8
Manojito de flores recogidas en los Ejercicios espirituales	0'10	8
Si no hubiera Dios	0'10	8
Parvuli	0'15	—
El juicio final	0'10	8
El inventor de la confesión	0'10	8
El Naturalismo	0'10	8
La religión de los muertos	0'10	8
¡Si habrá infierno!	0'10	8
La confesión y la Psiquiatría moderna	0'10	8

Indice

La profanacion del templo.
Una apuesta original
Recuerdo de mis ejercicios espirituales.
Mes consagrado al Sgô Corazon de Jesus.
Manual de las Marias de los Sagrarios-Calvarios
Diez minutos en presencia de la Madre Sma de la Luz.
Ciencia y conciencia.